(*Epist.* XII, ap. Baron., *ad. an.* 795), fundó él mismo Aquisgrám, en el mismo año, según Muratori (t. II, *Med. æv.*, pág. 364), ó en 302, si hemos de creer á Ciampini (II, 129), una nueva iglesia que enriqueció con imágenes en mosáico.

Siglo IX. El celo de los primeros Papas de este siglo para procurar á sus iglesias este género de decoración, no fué menor que en los tiempos anteriores. El libro pontifical cita, bajo Pascual I, la iglesia de Santa María *in Dominica* en 815, la basílica del Príncipe de los Apóstoles en 817, como habiendo sido provistas de mosáicos. En 822, la iglesia de Santa Práxedes; en 824, la capilla de San Zenón en la misma iglesia; hacia 820, la de Santa Cecilia (Ciamp. II, páginas 140, 154). Anastasio ofrece al reconocimiento de los amigos de las artes otros tres pontífices: Gregorio IV, que en 827, en el Vaticano, coronó con una bóveda en mosáico el altar de San Gregorio; Sergio II, quien en 844 adornó del mismo modo el ábside de los Santos Silvestre y Martín, y León IV, que en 847 fundó también en San Pedro un oratorio de admirable belleza, con un ábside revestido de un mosáico en fondo de oro. Agreguemos Benedicto III, á quien se debe en 856 la restauración y la decoración en mosáico de la basílica de Santa María *trans Tiberim*.

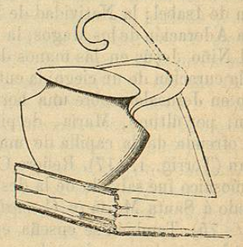
Las demás ciudades de Italia no descuidaron tampoco este arte en la misma época. En 836, bajo Luis el Bueno, la tribuna de la famosa basílica ambrosiana de Milán fué enriquecida con un precioso mosáico que ha ilustrado Puricelli (*Monum. basilic. Ambros.*). El anónimo Salernitano (Cf. Furiet., 86) menciona un notable litóstroto del año 855, ejecutado en una iglesia que fundó en Salerno el obispo Bernardo. Ciampini habla de dos mosáicos que cree procedentes de la mano de un artista griego, uno que fué establecido por Nicolás I en 858 en la iglesia de Santa María la Nueva de Roma; el otro que parecía ser de fines del siglo IX, y que todavía se veía en tiempo de este sabio en la catedral de Capua (II, 162, 166).

El cuidado que puso Ciampini en mencionar esta circunstancia, prueba que la considera como excepcional. Y, en efecto, los italianos no son partidarios de la opinión, por lo general bastante admitida en otras partes, que confunde con el nombre de obras bizantinas la mayor parte de los mosáicos cristianos. M. Barbet de Jouy (*Mosaiq. Chrét.* Préf., pág. 15) cree también que, respecto al período comprendido entre el IV y el IX siglo, nada hay menos justificado que estas atribuciones, por otra parte muy vagas. Los mosáicos ejecutados desde Constantino hasta el pontificado de Nicolás I, no tienen el carácter bizantino: y esto se entiende no sólo de Roma, sino de Milán y otros puntos.

En la misma Rávena, donde, por causas históricas conocidas del lector, refluyeron indudablemente orientales influencias, el estilo del dibujo de los mosáicos más antiguos no es griego.

Damos fin á esta rápida ojeada, que ha traspasado ya con mucho los límites de la antigüedad propiamente dicha. Por lo demás, hay aquí una detención, al menos para Roma, donde no existen vestigios de mosáicos ejecutados en 868, que es la fecha del de Santa Francisca romana en el año 1130, que vió aparecer el de la fachada de Santa María *in Trastevere*.

MULCTRA (VASO PASTORIL.)—La imagen del Buen Pastor, en nuestros monumentos antiguos, va con frecuencia acompañada de un vaso con asas, suspendido unas veces de su brazo (Buonarr., VI, 2), otras de las ramas de un árbol que está cerca de él (Perret, V, pl. LXVIII), ó bien todavía colocado á sus pies. Este es el vaso de leche ó vaso pastoril: se observa en un gran número de monumentos, entre otros en la sexta cámara del cementerio de Calixto, donde se halla unido á un *pedum* (véase esta palabra) que lleva un cordero acostado, el cual ocupa aquí el lugar del Buen Pastor.



Estos vasos pastoriles se llamaban en la antigüedad *mulctræ* ó *mulctralia* (Servius. *In egl.*, III), porque servían principalmente para ordeñar la leche. Du Cange (*Gloss. Latin. ad h. v.*) concede á cada una de estas dos palabras una significación especial: *mulctra, vas in quo mulgetur.—Multrale, locus in quo coagulationes fiunt.* Había otros vasos más grandes, y que, en razón de su uso diferente, eran designados con el nombre de *sinus* (Servius. *In eglog.*, VII). Este era el vaso para ordeñar que San Agustín y San Isidoro de Sevilla (véase *Orig.*, VI) llamaban también *alveus lactis*. Ciampini tenía en su museo uno de estos vasos, al decir de Buonarruoti, que publica su dibujo (*Vetri*, página 31).

Un gran número de sarcófagos presentan pastores ocupados en ordeñar ovejas ó cabras (Bottari, XX.—Maffei. *Veron. illustr.*, part. III, página 54), y por ellos puede formarse una idea de la figura del antiguo vaso de leche. Como quiera que sea, algunos sabios opinan que, además de su significación pastoral directa, el vaso de leche encierra algunas veces una alusión simbólica al sacramento de la Eucaristía, y en apoyo de esta interpretación citan las actas de Santa Perpetua y Santa Felícitas, en las que se refiere que la primera de estas dos mártires recibió (en su visión) de Nuestro Señor leche coagulada sobre sus manos cruzadas, como para recibir la santa comunión (véase el artículo *Eucaristía*, III, 3.º). Los monumentos, y en particular los frescos de las catacumbas, no dejan la menor duda en este asunto. Así vemos en las pinturas más antiguas del cementerio de Domitila el cordero, que es la personificación más indudable de Cristo, teniendo á sus costados el vaso de leche suspendido del cayado pastoril. Este mismo cordero divino se halla pintado en los cuatro ángulos de una bóveda del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro (Bossio. *Rom. sott.*, página 363), llevando sobre el lomo la *mulctra* aureolada, como se ve en la cripta de San Cornelio el divino pez llevando también sobre su dorso la cesta que contiene el pan y el vino (véase el artículo *Eucaristía*, II, 3.º). Pero tenemos un monumento donde el misterioso símbolo del vaso se presenta más evidente todavía (véase De'Rossi. *Rom. sott.*, I, página 349). El vaso está colocado aquí sobre un altar, con el obligado acompañamiento del *pedum*, y rodeado del rebaño, como en otras partes el mismo pastor. Es claro que el altar que tiene el vaso ocupa aquí el sitio del pastor que es Cristo; y este altar es el de la oblación mística donde el fiel recibe, no pan y vino, sino la carne y la sangre del Divino Pastor.

El vaso de leche era considerado algunas veces como símbolo de la primavera (véase Bottari, III, 62). El siguiente dístico, que alude á esta interpretación, se halla inscrito á la cabeza del mes de Marzo en un calendario antiguo editado por el P. Boucher (*De doctrin. temp.*, pág. 277):

Tempus ver, hæ dus petulans, et garrula hirundo
Indicat, et SINUS LACTIS, et herba virens.

«La primavera está indicada por el arrogante macho cabrío, por la golondrina parlera, por el *vaso de leche* y por la verde hierba.»

N.

NARTHEX.—En ciertas grandes basílicas antiguas había dos *narthex*, el *narthex* exterior y el *narthex* interior; estaban situados en los dos extremos del *atrium*.

Para la mejor inteligencia de esta materia, reproducimos aquí el plano del artículo *Atrium*.

I. El narthex exterior, que se ha llamado algunas veces «vestíbulo», προπυλαίον (Procop., l. V, c. 6), «propileo», πρόπυλος ó πρώτη εἴσοδος, «primera entrada» (Euseb. *Hist. eccl.*, IX), se asemejaba á los pórticos y á los peristilos de algunos edificios modernos, y todavía mejor al *chalcidicum* de las basílicas profanas de la antigüedad. Existía en toda la anchura del *atrium* (véase en el plano Z Z). El anónimo cuya obra ha sido publicada primero por Lambéce, después por Combéfis, y por último por Banduri, después de haber dicho que Santa Sofía tenía cuatro narthex enteramente distintos del *área*, añade que uno de ellos se llamaba narthex *exterior*. Los cuatro narthex que menciona eran cuatro pórticos, dos de los cuales estaban en la parte occidental, es decir, al lado de la fachada de la iglesia, y estaban superpuestos uno al otro, como se ve todavía hoy en la antigua é importantísima iglesia de Tournus (Saône-y-Loire); el tercero en la parte septentrional; el cuarto al Mediodía; no los había al Oriente, según la justa observación de Du Cange. Pero ninguno de estos narthex era el que el anónimo llama *exterior;* porque si, para que se pudiera dar este nombre á un narthex, bastaba que estuviese fuera de la nave, seguiríase que todos deberían ser considerados como exteriores. En efecto, porque no estaban en el interior, es por lo que Justiniano pudo compararlos á los cuatro ríos que salían del Paraíso terrenal. Pero como por último dice que había uno exterior, conviene necesariamente que este narthex fuese también distinto de los otros cuatro.

Luego no vemos á qué podría convenir este nombre, sino es al primero y exterior vestíbulo de la iglesia y al que los Griegos modernos llaman también *narthex del exterior*.

Bajo este narthex exterior en forma de pórtico sostenido por dos, cinco y hasta siete columnas, como se observa en el plano citado más arriba, fueron abiertas las sepulturas de los fieles desde que se permitió enterrar los muertos en el interior de las ciudades (*Concil. Nannet.*, *an.* 658, can. VI). El anónimo ya varias veces citado, asegura también que, por orden del emperador Justiniano, todos aquellos